

ESPACIO ASCIM 44

Fecha de emisión: 30/10/2024

HOMBRE Y MUJER: IGUALDAD, DIFERENCIAS Y EL PROPÓSITO DIVINO DE LA COMPLEMENTARIEDAD

Felicia Schroeder

Hoy en día, la pregunta sobre la identidad del hombre y la mujer ha sido puesta en duda. ¿Nos identificamos simplemente como hombre o mujer, siendo "asignados" al nacer? ¿O estas dos formas de ser humano tienen un significado más profundo y trascendente? Y lo más importante, ¿qué dice Dios al respecto?

En realidad, Dios es claro. En la primera página de las Escrituras se nos dice:

"26 Luego dijo Dios: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza. Que tenga dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los animales domésticos, sobre los animales salvajes y sobre todos los que se arrastran por el suelo».

27 Y Dios creó al ser humano a su imagen; a imagen de Dios lo creó; hombre y mujer los creó.

28 Y Dios los bendijo con estas palabras: «¡Sean fructíferos y multiplíquense! Llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar, a las aves del cielo y a todos los animales que se arrastran por el suelo»."

Génesis 1:26-28

En el Génesis, el libro de los comienzos, Dios crea un mundo lleno de distinciones, de opuestos: luz y oscuridad, cielo y tierra, día y noche, agua y tierra. Sin embargo, a la humanidad la creó de manera única, honrándonos al formarnos a Su imagen y semejanza. No es solo nuestra humanidad en general lo que refleja Su imagen, sino algo más específico: nuestra masculinidad o feminidad.

Esta historia continúa en Génesis 2, cuando Dios forma al hombre del polvo de la tierra y sopla en él aliento de vida. Luego, crea a la mujer del costado del hombre, de su propia carne

y huesos. Así, Dios separa a los seres humanos en dos sexos: hombre y mujer. Ambos son distintos, valiosos y reflejan la imagen divina.

El término "sexo" proviene del latín, y significa "separación", lo que sugiere que la humanidad fue dividida en dos grupos: masculino y femenino. Por su parte, "género" también deriva del latín ("genus"), que significa linaje, familia, especie. Ambos conceptos, por tanto, hablan de realidades divinas y naturales, de quiénes somos en esencia y de nuestras acciones. Esto trasciende las etiquetas de identificación o asignación al nacer. La nueva tendencia de interpretar el sexo y el género entra en conflicto directo con lo que Dios establece sobre lo que significa ser hombre y mujer.

A través de la creación del hombre y la mujer, vemos el diseño de Dios para la humanidad: idealmente, nacemos del amor conyugal y crecemos dentro de una familia. Un esposo y una esposa se unen en matrimonio y, al compartir cuerpo, alma y espíritu, surge una nueva vida, nuevos portadores de la imagen divina. Por ello, los cristianos valoramos profundamente la vida, el ser humano, ya sea hombre, mujer o niño. Celebramos y honramos la imagen de Dios en cada persona.

La personalidad masculina y femenina, la sexualidad, las relaciones y el matrimonio contienen aspectos valiosos que apuntan a Dios y revela la bondad de Su carácter. Nuestro género y sexualidad fueron diseñados para conducirnos a la alegría, la conexión, la vida, crecimiento, relaciones, familia, placer y matrimonio. ¡Dios realmente disfruta de estas cosas, pues nos ha llamado a participar en ellas!

Espiritualmente, hombres y mujeres son iguales. Físicamente, hay diferencias en anatomía, hormonas, masa muscular y otros aspectos. Sin embargo, Dios asigna a hombres y mujeres roles similares y distintos, y ambos deben trabajar juntos. Son distintos, pero igualmente importantes y valiosos ante los ojos de Dios.

Parte de esta distinción de roles proviene de la maldición original tras la caída. La relación armoniosa entre el hombre y la mujer se quebró cuando Adán y Eva desobedecieron a Dios.

Como consecuencia, Eva experimentaría dolor en la maternidad y sería dominada por su esposo (Génesis 3:16), mientras que Adán enfrentaría la dificultad de trabajar la tierra maldita. Así, la caída fracturó las relaciones entre la humanidad y Dios, entre los seres humanos y con la creación. De ahí surge la conocida "batalla de los sexos".

Es verdad que hombres y mujeres son diferentes y tienen responsabilidades distintas. En ese sentido, no son "iguales". Pero son igualmente amados por Dios y, si están en Cristo, son igualmente hijos y herederos. Como dice Gálatas 3:28: "Ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer, sino que todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús."

Es cierto que los hombres y las mujeres son diferentes y se les confía un trabajo diferente. De esta manera, no son "iguales". Pero los hombres y las mujeres son igualmente amados por Dios e igualmente sus hijos y sus herederos cuando pertenecen a Cristo. Gálatas 3:28 deja en claro: "Ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer, sino que todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús." Todos debemos tratar de cumplir el propósito único que Dios nos tiene reservado, y hacerlo de una manera que comunique amor y respeto a los demás y traiga gloria a Dios.

Hay dos verdades que no debemos perder de vista: hombres y mujeres somos complementarios y nos necesitamos mutuamente. No tiene sentido debatir quién es mejor o más importante, porque todos somos iguales en dignidad y aportamos características esenciales al mundo. No somos autosuficientes, y por eso es importante promover la complementariedad de nuestras habilidades y virtudes. Esto mejora nuestras relaciones—sociales, familiares, laborales y afectivas—y fomenta un mayor entendimiento, y así, mejorando nuestra forma de actuar en la vida.

En la complementariedad, ambos sexos sacan lo mejor de sí mismos al estar unidos. Por separado, podemos lograr muchas cosas, pero juntos tomamos mejores decisiones, resolvemos problemas con mayor eficacia y nos apoyamos mutuamente. Al unir nuestras perspectivas y habilidades, logramos roles más integrales y eficientes. Debemos amarnos tal como somos y compartir ese amor para construir un futuro lleno de esperanza.

Es hora de reconocer que la complementariedad es esencial, necesaria y enriquecedora tanto para el hombre como para la mujer. La complementariedad, en palabras simples, significa que el hombre y la mujer son diferentes, pero esas diferencias los hacen encajar y trabajar mejor juntos. Cada uno tiene cualidades únicas que el otro necesita, y cuando combinan sus habilidades y características, logran más y se apoyan mutuamente. No se trata de que uno sea mejor que el otro, sino de que ambos se complementan para crear un equipo más fuerte, ya sea en la vida familiar, en el trabajo o en cualquier relación. Comprender este cambio de perspectiva llevará tiempo, pero cuanto antes comencemos este nuevo camino, más pronto disfrutaremos de sus frutos.

Quiero animarnos a amarnos tal como somos y compartir ese amor para construir un futuro lleno de esperanza. Gracias